

# **Resumen y objetivos de la obra:**

## **CIENCIA, FILOSOFÍA, ESPIRITUALIDAD**

**Martos García, Amador**

Filósofo, investigador y escritor, Tarragona, España.

[amador@pensarenserrico.es](mailto:amador@pensarenserrico.es)

[www.pensarenserrico.es](http://www.pensarenserrico.es)

En filosofía, la metafísica estudia los aspectos de la realidad que son inaccesibles a la investigación científica. La filosofía se escindió así en dos senderos cognitivos: la *epistemología de lo conmensurable* y la *hermenéutica de lo inconmensurable*, es decir, una divergencia entre ciencia y espiritualidad. Según Ken Wilber, son *dos modos de saber* diferentes pero complementarios, pues han sido reconocidos de una forma u otra en diversos momentos y lugares a lo largo de la historia de la humanidad. Wilber argumenta que las grandes tradiciones espirituales del mundo caen bajo dos tipos diferentes de espiritualidad que denomina la *espiritualidad ascendente* y la *espiritualidad descendente*. Existe dos grandes direcciones posibles: ascender desde la materia hasta el Espíritu o descender desde el Espíritu hasta la materia. La primera es una dirección trascendente o ultramundana, mientras que la segunda es inmanente o intramundana: estas dos facetas se vieron brutalmente separadas y tuvo lugar una violenta ruptura entre los partidarios de lo meramente ascendente y los defensores de lo meramente descendente, pues se consumó la escisión entre ambas. Dicho de otro modo, el materialismo científico y la metafísica se han convertido en una dualidad antagónica aparentemente irreconciliable.

Sin embargo, desde el surgimiento de la física cuántica, esa divergencia cognitiva es argumentada epistemológicamente por Ken Wilber en su obra *El espectro de la conciencia* como *dos modos de saber*: el conocimiento simbólico (dualidad sujeto-objeto) y el misticismo contemplativo (no-dualidad entre sujeto-objeto). Las experiencias espirituales son, probablemente, el contexto más complejo a desentrañar por nuestra actual civilización. El gran mérito de Wilber es haber puesto en el contexto histórico la reivindicación de la *filosofía transpersonal* como una disciplina que estudia la espiritualidad y su relación con la ciencia. La *filosofía transpersonal* auna la ciencia y la espiritualidad mediante la recuperación de la *filosofía perenne*, y tiene su correlato con el surgimiento de la *psicología transpersonal* como “cuarta fuerza” tras el conductismo, el psicoanálisis y la psicología humanista. La anterior argumentación de la *filosofía transpersonal*, la *filosofía perenne* y la *psicología transpersonal*, implica una antropología revisionista de nuestra cultura y la necesidad de una *ética epistémica* en el marco de una *episteme transracional*. A tal efecto, como concluye Ken Wilber en su obra *Sexo, Ecología, Espiritualidad*: “Ahí estamos, en la racionalidad, situados en el filo de la percepción transracional”. Y esa *transracionalidad* es susceptible de ser alcanzada mediante la práctica de la *meditación*.

Como se argumentará en esta obra, la *filosofía transpersonal* de Ken Wilber permite vislumbrar la sanación trascendental del ser humano mediante la práctica de la *meditación*, dicho de otro modo, ello nos traslada al sabio aforismo griego “Conócete a ti mismo”. La sanación trascendental del ser humano mediante la meditación no es una entelequia: un equipo de psiquiatras liderado por el Hospital General de Massachusetts, ha realizado el primer estudio que documenta cómo ejercitar la meditación puede afectar al cerebro, es decir, que algo considerado espiritual,

nos transforma físicamente y puede mejorar nuestro bienestar y nuestra salud. En dicho sentido, la meditación, aplicada prácticamente en los centros escolares, tiene espectaculares resultados: estimula la creatividad de los niños, ayuda en el desarrollo de la inteligencia emocional, reduce la violencia conocida como bullying, mejora los procesos de aprendizaje, aminora la sobre estimulación propia de la era de Internet y mejora la convivencia escolar. La meditación se convierte así en un medio para la sanación trascendental del ser humano desde la infancia, tal como demuestran cada vez más numerosos estudios científicos. Como aseveró el matemático griego Pitágoras: “Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres”.

Consecuentemente, las ciencias empíricas pueden dar explicaciones sobre los fenómenos naturales, pero son incapaces de dar una explicación coherente acerca de la *conciencia* y la *espiritualidad* y, por tanto, no es de extrañar que los beneficios de la meditación sean objeto de investigación científica, y que haya también una aproximación investigativa a las experiencias cercanas a la muerte, las ciencias noéticas y la psicología transpersonal. Dichos campos de investigación enlazan, obviamente, con la *metafísica*, es decir, más allá de los sentidos físicos. La metafísica es, por tanto, el reto que tiene la humanidad por delante para hallar un conocimiento más allá de las ciencias naturales, es decir, un *conocimiento transracional* al que se puede acceder mediante la meditación, y con la posibilidad de que sea impartida educacionalmente mediante la *filosofía transpersonal* argüida por Ken Wilber.

Wilber considera que Occidente ha completamente olvidado las dimensiones espirituales, abocando con ello a un “mundo chato” dominado por los *ascendentes* y los *descendentes*, y que han llevado al colapso de la modernidad. Wilber relaciona dicha integración entre lo ascendente y lo descendente con la unión entre la *sabiduría* y la *compasión*.

En efecto, tanto en Oriente como en Occidente, el camino de ascenso desde los muchos hasta el Uno es el *camino de la sabiduría*, porque la sabiduría ve que detrás de todas las formas y la diversidad de los fenómenos descansa el Uno, el Bien. El camino de descenso, por su parte, es el *camino de la compasión*, porque el Uno se manifiesta realmente como los muchos y, en consecuencia, todas las formas deben ser tratadas con el mismo respeto y compasión. Y la unión entre esas dos corrientes, entre la sabiduría y la compasión, constituye el fin y el sustrato de toda *auténtica espiritualidad*. Dicho de otro modo, la sabiduría es a Dios como la compasión a la Divinidad. Esta es precisamente la *visión no dual*, la unión entre el Flujo y el Reflujo de Plotino, entre Dios y la Divinidad, entre la Vacuidad y la Forma, entre la sabiduría y la compasión, entre lo ascendente y lo descendente. Consecuentemente, la *sabiduría* y el *amor* son los bálsamos para la sanación trascendental del ser humano.

Los pensadores transpersonales, o trascendentales, tienen una característica pensativa en común: poseen un *racionalismo espiritual* que propugna la trascendencia de la dualidad (entre sujeto y objeto) hacia la no-dualidad (misticismo contemplativo). No en vano según Wilber, los científicos más eminentes de nuestra era, los padres fundadores de la relatividad y de la física cuántica, todos ellos con un lenguaje asequible y ajeno a la terminología técnica, expresan su convicción de que la física y la mística, de alguna manera, son complementarias. Así, Ken Wilber ha logrado estructurar una *filosofía transpersonal* que aúna la racionalidad del pensamiento occidental con la trascendencia espiritual. Dicha cosmovisión de una renovada racionalidad para pensar y rehacer el mundo inquiera, como objetivo de esta investigación, que el educando aprehenda la *síntesis de saberes* (entre la epistemología y la hermenéutica) mediante una genuina *intuición espiritual* : la integración de la conciencia (yo), la ciencia (ello) y la moral (nosotros) -las tres

esferas del saber diferenciadas por Kant mediante sus *Tres críticas*- como una *intuición moral básica* para orientar ética y responsablemente sus actos, pensamientos y sentimientos, una *ética epistémica* en toda regla bajo una *epísteme transracional*. Y dicho imperativo pedagógico y moral inquiera, implícitamente, un revisionismo de la psicología cognitiva y educativa que incorpore la *sabiduría perenne* como trampolín para la *sanación trascendental* del ser humano. Por tanto, la síntesis de saberes entre la *epistemología de lo conmensurable* (razón) y la *hermenéutica de lo inconmensurable* (espíritu) mediante la *intuición moral básica*, es un imperativo para trascender la racionalidad hacia la *transracionalidad*.

Consecuentemente, la *filosofía transpersonal* como *nuevo paradigma de conocimiento*, es postulada como asignatura educativa y en una cuestión de sentido para una *educación transracional* que implemente la razón con el corazón. Por tanto, la síntesis entre la *filosofía transpersonal* y la *educación transracional* es una condición sine qua non para trascender la crisis de conciencia en la que está inmersa la filosofía occidental: la *filosofía transpersonal* se constituye, entonces, en un fundamento pedagógico y epistemológico para una *educación transracional* con una misión eminentemente espiritual. En dicho sentido, la *meditación* es una puerta de acceso a dicha realidad superior y puede provocar considerables cambios en las regiones cerebrales relacionadas con la memoria, la autoconciencia, la empatía y el estrés. Es decir, volvamos a repetir, que algo considerado espiritual, nos transforma físicamente y puede mejorar nuestro bienestar y nuestra salud.

Dicho repensar humano posibilitaría, entonces, salvar el abismo cultural desde que Kant diferenció la ciencia (ello), la conciencia (yo) y la moralidad (nosotros), Dios libre de culpa a este inconmensurable pensador. La integración y síntesis de estas tres esferas kantianas del saber debe realizarse

eminentemente en la conciencia de cada uno de nosotros, insisto una vez más, mediante una genuina intuición espiritual o *intuición moral básica* como sustrato ético de nuestros actos, pensamientos y sentimientos, pues como dijera Sócrates: “Aquel que quiera cambiar el mundo debe empezar por cambiarse a sí mismo”. Y para tal finalidad, la *filosofía transpersonal* y la *educación transracional* se presentan como un imperativo pedagógico más allá de la mente, hacia la profundidad de la conciencia, pues como dice una cita atribuida al dramaturgo inglés John Gay: “Sin lugar a dudas, es importante desarrollar la mente de los hijos, no obstante, el regalo más valioso que se le puede dar, es desarrollarles la conciencia”.